

El hombre ante la muerte

(Tolstoi: *La muerte de Iván Ilich*)



Mijaíl Málishev
Anatoli Gagarin

¡Da, Señor, a cada quien su muerte!
La muerte que floreció de esa vida
en que cada quien amó, pensó y sufrió.

RILKE

El ser hombre es un hacerse, porque en lo más profundo está la posibilidad abierta del ser, por lo que hablar de la existencia humana significa dejarla en la libre determinación y no encerrarla en un saber supuesto. El hombre no es lo que podría revelar en alguna de sus dimensiones o momentos y, por consiguiente, no se le puede definir de una vez y para siempre. La existencia, como posibilidad, no es aquello que el ser humano es por esencia o naturaleza; no tiene una realidad dada de antemano como la tienen las cosas o animales: el perro no puede ser otra cosa que perro; el caballo, caballo; el ángel, ángel y Satanás, Satanás. Pero el hombre es capaz de asumir cada uno de estos papeles o ser la combinación de todos ellos. Max Scheler en su ensayo *El porvenir del hombre* advierte el peligro de concebir estrechamente la esencia humana reduciéndola, a veces sin darnos cuenta, a una forma natural o histórica de su manifestación.

El *homo faber* de los positivistas, el hombre “dionisiaco” (Klages), el hombre como “enfermedad de la vida”, el “el superhombre”, el “homo sapiens” de Linneo, el “homme machine”, el hombre poder de Maquiavelo, el hombre *libido* de Freud, el hombre económico de Marx, el “caído” Adán, hechura de Dios; todas estas representaciones son sobremanera estrechas. Todas son, por decirlo así, ideas de *casas*. El “hombre”, empero, no es una cosa, es una dirección del movimiento del universo mismo; más aún, de su fundamento.¹

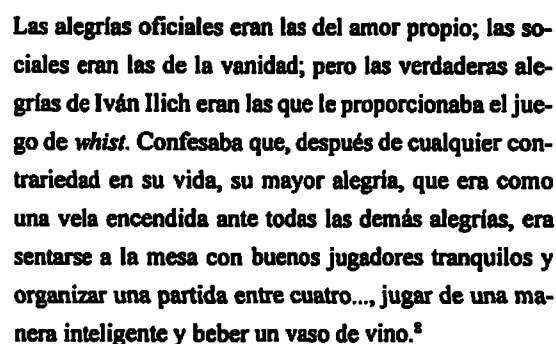
El hombre es el único ser que, en vez de coincidir consigo, se preocupa por forjarse otro, diferente. Así, podría decirse que es capaz de definirse en la medida en que se aparta de su definición, pues el hombre, según Nietzsche, es un animal cuyo tipo no está aún consolidado, fijado.

Mijaíl Málishev, Doctor en Filosofía. Autor de, entre otros títulos, *Amor, culpa y muerte: dimensiones vivenciales y Anología de la filosofía política*. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 1; profesor/investigador de la facultad de Humanidades (UAEM).

Anatoli Gagarín. Doctor en Filosofía. Autor de *En espejos de la existencia humana* (en coautoría con Mijail Málišev). Es profesor de la cátedra de Historia de la filosofía de la Universidad de los Urales (Rusia).

Sin embargo, Piotr Ivanovich vio en el rostro de su amigo difunto una expresión que le “parecía reprochar o recordar algo a los vivos”, algo que contradecía al sentimiento que le inculcó Schwartz. Ese algo fue el pensamiento de la muerte y de los sufrimientos ineludibles, que en cualquier instante pueden llegarle también; esto lo horrorizó y lo hizo sentir a disgusto, pero la mirada jovial de Schwartz le trajo cierto alivio. En su ayuda acudió “el pensamiento habitual de que eso le había ocurrido a Iván Ilich y no a él. Aquello no podía ni debía ocurrirle... Después de haber reflexionado de esta manera, Piotr Ivano-

El mismo Iván Ilich antes de su enfermedad vivía, como la mayoría de sus colegas, en la miseria del *divertissement*; consideraba que la vida debe ser “cómoda, agradable y correcta” de tal manera que, de su estructura, tendrían que ser excluidos todos los acontecimientos vinculados con algunas dificultades, enfermedades, sufrimientos y, por supuesto, la muerte. Su convicción se determinaba por la conciencia parcial de su papel en la sociedad y no por la conciencia de existir como poder-ser-total. Para él vivir de modo “agradable y decente” significaba estar en posesión de ciertos fragmentos del entorno que le daban disfrutes tales como: un “lugar digno”, salario sólido, bienestar material, respetabilidad en la vida familiar. Esta forma de existir, como si fuera un narcótico, influye en la vida anímica del juez Golovin; adormece y trastorna monstruosamente su conciencia: lo hace sensible a las cosas banales y mezquinas, y lo bloquean los acontecimientos importantes.



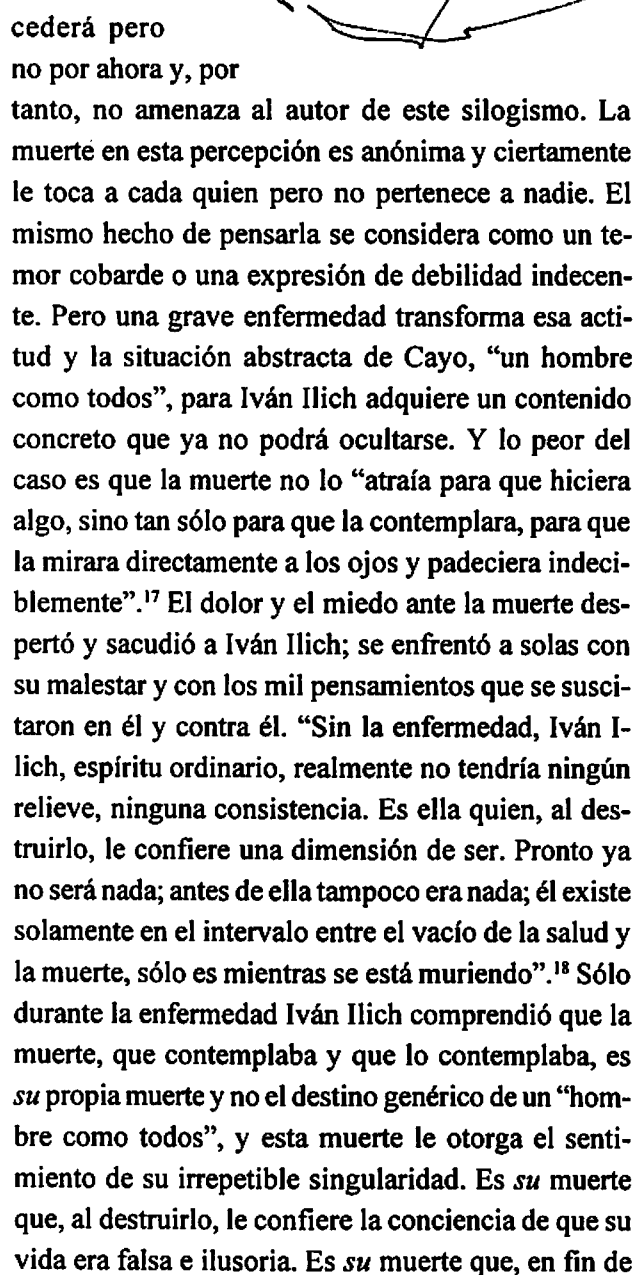
era preciso saber excluir todo lo que turba la regularidad de los asuntos del servicio: no se debían admitir ningunas relaciones, excepto las oficiales; y el motivo de estas relaciones también debía ser oficial. Si llegaba un hombre cualquiera para enterarse de alguna cosa, Iván Ilich no podía tener ninguna relación con él; pero si veía en su solicitud algo oficial, algo que puede escribirse en un papel sellado, hacía en los límites debidos cuanto le era posible y le dispensaba, además, un trato amistoso y lleno de cortesía. Y en cuanto terminaba la relación oficial, también ponía fin a toda otra.⁹

A Iván Ilich en su trabajo no le atraía la búsqueda de la verdad ni la procuración de la justicia correspondiente a la esencia de su cargo, sino "otros" elementos agradables que, en la medida de su pro-

Al alejarse de las raíces morales, Golovin llegó a la conclusión de que los valores humanos son algo insignificante y no esencial; más aún, que no existen las virtudes sino las cosas útiles y las relaciones funcionales, y la misma dignidad humana se mide por el lugar que ocupa el hombre en la jerarquía del poder. Esta conciencia hace fingir a Iván Ilich, parecer otro dis-

La posesión y acumulación de los objetos para el juez Golovin juegan un papel no menos importante que el “placer” vanidoso en el ejercicio de sus funciones. “Chimenea”, “biombos”, “tapices”, “vitricas”, “sillas”, “platos en las paredes”, “bronces” acarician la imaginación de Iván Ilich (cuando amueblaba su casa) hasta tal grado que en su trabajo se distraía pensando en cómo iba a cambiar los muebles de lugar y colgar las cortinas. Las cosas no sólo disminuyen las cualidades humanas del protagonista de Tolstoi sino que lo “matan”, en el sentido estricto de esta palabra. Precisamente el golpe que recibió durante la caída de la escalera a la que subió para indicarle al tapicero dónde colgar una cortina le costó la vida. Ya enfermo, se percata: “En efecto, aquí junto a esta cortina, perdí mi vida como en una batalla. ¿Pero es posible? ¡Qué horrible y qué absurdo! ¡Eso no puede ser! Eso no puede ser; ¡pero es!”¹⁴ Así pues, la atracción hacia los objetos no sólo le causó una enfermedad mortal sino que, “al matarlo”, al mismo tiempo las cosas adormecían la conciencia del moribundo y lo abstraían de la angustia vinculada con el pensamiento de su muerte inevitable. Los cambios decorativos y las disputas surgidas con motivo de éstos, le eran agradables porque no se acordaba de *su* muerte, “porque no la veía”. Precisamente el desgane de pensar sobre la muerte hace que la conciencia hedonista de Iván Ilich huya y oculte su existencia mezquina y superficial tras la cortina de los placeres y divertimientos. Afligido por el miedo ante la muerte inventa diferentes artificios para olvidarla o posponerla y se dedica a juegos y a diversiones tratando de convencerse que es feliz. Como dijo Pascal (a quien Tolstoi leyó cuando trabajaba sobre su cuento) sin divertimientos “estaríamos llenos de tedio, y este tedio nos impulsaría a buscar un medio más sólido de salir de él; pero el divertimento nos entretiene y nos hace llegar a la muerte insensiblemente”.¹⁵

[illegible]



Iván Ilich empezó a analizar mentalmente los mejores momentos de su vida agradable. Pero cosa rara: todos los mejores momentos de su vida le parecieron completamente distintos de lo que le parecieron antaño. Todos, exceptuando los primeros recuerdos de su niñez... En cuanto empezaba la época que había dado por resultado a Iván Ilich tal y como era ahora, todas las alegrías de antaño se disipaban ante sus ojos, convirtiéndose en algo insignificante y a menudo en algo vil.¹⁹

Su carrera, su modo de vivir, su familia y aquellos intereses de la sociedad y del servicio, todo podía haber sido distinto de lo que debía ser. Trató de defender todo aquello ante sí mismo. Súbitamente, se dio cuenta de la inconsistencia de lo que defendía; y ya no quedó nada por defender... Por la mañana, cuando vio al criado y luego a Praskovia Fiodorovna, a su hija y al doctor, tanto sus gestos como sus palabras le confirmaron la terrible verdad que se le había revelado aquella noche. Se

veía reflejado en ellos, veía en ellos su propia vida y le era evidente que todo aquello había sido equivocado, que se trataba de un enorme engaño, que velaba tanto la vida como la muerte.²⁰